

CAPITULO XI.

Donde se cuenta lo que les pasó en un lugar poblado de moriscos.

Llegóse el dia , y con él los agradecimientos del hospedage , y puestos en camino , al salir del lugar topáron con los cautivos falsos , que dixéron que iban industriados del alcalde , de modo , que de allí adelante no los podian coger en mentira acerca de las cosas de Argel , que tal vez dixo el uno , digo el que hablaba mas que el otro , tal vez , dixo , se hurta con autoridad y aprobacion de la justicia : quiero decir , que alguna vez los malos ministros de ella se hacen á una con los delinquentes , para que todos coman. Llegáron todos juntos donde un camino se dividia en dos : los cautivos tomáron el de Cartagena , y las peregrinos el de Valencia ; los quales otro dia al salir de la aurora , que por los balcones del oriente se asomaba , barriendo el cielo de las estre-

llas , y aderezando el camino por donde el sol habia de hacer su acostumbrada carrera ; Bartolomé , que así creo se llamaba el guiador del bagage , viendo salir el sol tan alegre y regocijado , bordando las nubes de los cielos con diversas colores , de manera que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre y mas hermosa á la vista , con rústica discrecion dixo : verdad debió de decir el predicador que predicaba los dias pasados en nuestro pueblo , quando dixo , que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor. Par diez que si yo no conociera á Dios por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar , le viniera á rastrear y conocer viendo la inmensa grandeza de estos cielos , que me dicen que son muchos , ó á lo ménos que llegan á once : y por la grandeza de este sol que nos alumbra , que con no parecer mayor que una rodela , es muchas veces mayor que toda la tierra : y mas que con ser tan grande , afirman que es tan ligero , que camina

en veinte y quatro horas mas de trescientas mil leguas. La verdad que sea, yo no creo nada de esto ; pero dicenlo tantos hombres de bien , que aunque hago fuerza al entendimiento , lo creo ; pero de lo que mas me admiro es , que debaxo de nosotros hay otras gentes , á quien llaman antípodas , sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba traemos puestos los pies : cosa que me parece imposible, que para tan grande carga como la nuestra , fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce. Rióse Periandro de la rústica astrología del mozo , y díxole : buscar querria razones acomodadas , ; ó Bartolomé ! para darte á entender el error en que estás , y la verdadera postura del mundo : para lo qual era menester tomar muy de atras sus principios ; pero acomodándome con tu ingenio , habré de cohartar el mio , y decirte sola una cosa , y es , que quiero que entiendas por verdad infalible , que la tierra es centro del cielo : llamo centro un punto indivisible , á quien todas las líneas de su circunfe-

rencia van á parar. Tampoco me parece que has de entender esto ; y así dexando estos términos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo , y en qualquier parte de ella donde los hombre s esten, han de estar cubiertos con el cielo : así que, como á nosotros el cielo que ves nos cubre , asímismo cubre á los antípodas que dicen , sin estorbo alguno , y como naturalmente lo ordenó la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. No se descontentó el mozo de oír las razones de Periandro, que tambien diéron gusto á Auristela , á la condesa y á su hermano. Con estas y otras cosas iba enseñando y entreteniendo el camino Periandro , quando á sus espaldas llegó un carro acompañado de seis arcabuceros á pie ; y uno que venia á caballo con una escopeta pendiente del arzon delantero, llegándose á Periandro, dixo: si por ventura , señores peregrinos , llevais en ese repuesto alguna conserva de regalo , que yo creo que sí debeis de

llevar , porque vuestra gallarda presencia , mas de caballeros ricos que de pobres peregrinos os señala ; si la llevais , dádmela para socorrer con ella á un desmayado muchacho que vá en aquel carro condenado á galeras por dos años con otros doce soldados , que por haberse hallado en la muerte de un conde los dias pasados , van condenados al remo ; y sus capitanes por mas culpados creo que están sentenciados á degollar en la corte. No pudo tener á esta razon las lágrimas la hermosa Constanza , porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo ; pero pudiendo mas su cristiandad que el deseo de su venganza , acudió al bagage , y sacó una caja de conserva , y acudiendo al carro , preguntó : ¿quién es aquí el desmayado ? A lo que respondió uno de los soldados : allí va echado en aquel rincon , untado el rostro con el sebo del timon del carro , porque no quiere que parezca hermosa la muerte quando él se muera , que será bien presto , segun está pertináz en no querer comer boca-

do. A estas razones alzó el rostro el untado mozo , y alzándose de la frente un roto sombrero , que toda se la cubria, se mostró feo y sucio á los ojos de Constanza ; y alargando la mano para tomar la caja , la tomó diciendo : Dios os lo pague , señora. Volvió á encaxar el sombrero , y volvió á su melancolía, y á arrinconarse en el rincon donde esperaba la muerte. Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro , que se acabaron con apartarse por diferentes caminos. De allí á algunos dias llegó nuestro hermoso esquadron á un lugar de moriscos , que estaba puesto como una legua de la marina en el reyno de Valencia : halláron en él , no meson en que albergarse , sino todas las casas del lugar , que con agradable hospicio los convidaban: viendo lo qual Antonio dixo : yo no sé quien dice mal de esta gente , que todos me parecen unos santos. Con palmas , dixo Periandro , recibieron al Señor en Jerusalem los mismos que de allí á pocos dias le pusieron en una cruz.

Ahora bien, á Dios y á la ventura, como decir se suele, aceptemos el convite que nos hace este buen viejo, que con su casa nos convida: y era así verdad, que un anciano morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinas los metió en su casa, y dió muestras de agasajarlos, no morisca, sino cristianamente. Salió á servirlos una hija suya, vestida en trage morisco, y en él tan hermosa, que las mas gallardas cristianas tuvieran á ventura el parecerla: que en las gracias que naturaleza reparte, tan bien suele favorecer á las bárbaras de Scitia, como á las ciudadanas de Toledo. Esta, pues, hermosa y mora, en lengua aljamiada, asiendo á Constanza y á Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baxa; y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró á todas partes, temerosa de ser escuchada; y despues que hubo asegurado el miedo que mostraba, las dixo: ¡ Ay, señoras, y cómo habeis venido como mansas y simples ovejas al matadero! ¿veis este viejo, que con

vergüenza digo que es mi padre? ¿veisle tan agasajador vuestro? pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo. Esta noche se han de llevar en peso, si así se puede decir, diez y seis baxeles de corsarios berberiscos á toda la gente de este lugar, con todas sus haciendas, sin dexar en él cosa que les mueva á volver á buscarlas. Piensan estos desventurados, que en Berbería está el gusto de sus cuerpos, y la salvacion de sus almas, sin advertir que de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas sino de arrepentimiento, el qual les viene juntamente con las quejas de su daño. Los moros de Berbería pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las quales corren los moriscos de ésta, y dan en los lazos de su desventura. Si quereis estorbar la vuestra, y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego de esta casa, y acogeos á la Iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el cura,

que solo él y el escribano son en este lugar cristianos viejos. Hallaréis tambien allí al Xadraque xarife , que es un tio mio , moro solo en el nombre , y en las obras cristiano. Contadles lo que pasa , y decid que os lo dixo Rafala, que con esto seréis creidos y amparados : y no lo echeis en burla , si no quereis que las veras os desengañen á vuestra costa : que no hay mayor engaño que venir el desengaño tarde. El susto , las acciones con que Rafala esto decia se asentó en las almas de Auristela y de Constanza , de manera que fué creida , y no le respondiéron otra cosa que fuese mas que agradecimientos. Llamáron luego á Periandro y á Antonio, y contándoles lo que pasaba , sin tomar ocasion aparente , se saliéron de la casa con todo lo que tenian. A Bartolomé, que quisiera mas descansar , que mudar de posada , pesóle de la mudanza ; pero en efecto obedeció á sus señores. Llegáron á la Iglesia, donde fuéron bien recibidos del cura y del Xadraque , á quien contáron lo que Rafala les habia dicho. El

cura dixo : muchos dias ha , señores , que nos dan sobresalto con la venida de esos baxeles de Berbería ; y aunque es costumbre suya hacer estas entradas , la tardanza de esta me tenia ya algo descuidado. Entrad , hijos , que para defenderos muy buena torre tenemos , y buenas y ferradas las puertas de la Iglesia , que si no es muy de propósito , no pueden ser derribadas , ni abrasadas. ¡Ay! dixo á esta sazón el Xadraque , si han de ver mis ojos , ántes que se cierren , libre esta tierra de estas espinas y maleza que la oprimen. ¡Ay cuándo llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mio , famoso en la astrología , donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religion cristiana ! que ella sola es el rincon del mundo , donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo : morisco soy , señores , y ojalá que negarlo pudiera ; pero no por esto dexo de ser cristiano : que las divinas gracias las da Dios á quien él es servido , el qual tiene por cortumbre , co-



mo vosotros mejor sabeis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos. Digo, pues, que este mi abuelo dexó dicho que cerca de estos tiempos reynaria en España un rey de la casa de Austria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los moriscos de ella, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, ó bien así como quien aparta la neguilla del trigo, ó escarda, ó arranca la mala yerba de los sembrados. Ven ya (¡ó venturoso mozo, y rey prudente!) y pon en execucion el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien deterrar la que en efecto está en ella bautizada; que aunque estos sean temores de consideracion, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá á fertilizar y



á poner en mucho mejor punto que ahora tiene. Tendrán sus señores , si no tantos y tan humildes vasallos , serán los que tuvieren católicos , con cuyo amparo estarán estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas , sin que los salteadores se las lleven. Esto dicho , cerráron bien las puertas , fortaleciéronlas con los bancos de los asientos , subiéronse á la torre, alzáron una escalera levadiza , llevóse el cura consigo el Santísimo Sacramento en su relicario , proveyéronse de piedras , armáron dos escopetas , dexó el bagage mondo y desnudo á la puerta de la Iglesia Bartolomé el mozo , y encerróse con sus amos : y todos con ojo alerta y manos listas , y con ánimos determinados estuviéron esperando el asalto , de que avisados estaban por la hija del morisco. Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el cura: tendia los ojos por todo el mar, que desde allí se parecia , y no habia nube que con la luz de la luna se pareciese , que no pensase sino que fuesen los baxeles

turquescos ; y aguijando á las campanas , comenzó á repicarlas tan apriesa , y tan recio , que todos aquellos valles , y todas aquellas riberas retumbaban : á cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron , y las corrieron todas ; pero no aprovechó su diligencia para que los baxeles no llegasen á la ribera , y echasen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba salió cargada con sus mas ricas y mejores alhajas , adonde fuéron recibidos de los turcos con grande grito y algazara al son de muchas dulzaynas , y de otros instrumentos , que puesto que eran bélicos , eran regocijados : pegaron fuego al lugar , y asimismo á las puertas de la Iglesia , no por esperar entrarla , sino por hacer el mal que pudiesen. Dejaron á Bartolomé á pie , porque le desjarretaron el bagage : derribaron una cruz de piedra que estaba á la salida del pueblo , llamando á grandes voces el nombre de Mahoma , se entregaron á los turcos ladrones pacíficos , y deshonestos públicos. Desde la lengua del

agua , como dicen , comenzáron á sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza , y la deshonra en que ponian á sus mugeres y á sus hijos. Muchas veces , y quizá algunas no en vano , disparáron Antonio y Periandro las escopetas : muchas piedras arrojó Bartolomé , y todas á la parte donde habia dexado el bagage , y muchas flechas el Xadraque ; pero muchas mas lágrimas echáron Auristela y Constanza , pidiendo á Dios , que presente tenían , que de tan manifesto peligro los librase , y asimismo que no ofendiese el fuego á su templo ; el qual no ardió , no por milagro , sino porque las puertas eran de hierro , y porque fué poco el fuego que se les aplicó. Poco faltaba para llegar el dia , quando los baxeles cargados con la presa se hiciéron al mar , alzando regocijados lilies , y tocando infinitos atabales y dulzaynas : y en esto viéron venir dos personas corriendo hácia la Iglesia , la una de la parte de la marina , y la otra de la de la tierra , que llegando cerca conoció el Xadraque,

que la una era su sobrina Rafala, que con una cruz de caña en las manos venia diciendo á voces : cristiana , cristiana , y libre y libre por la gracia y misericordia de Dios. La otra conociéron ser el escribano , que acaso aquella noche estaba fuera del lugar , y al son del arma de las campanas venia á ver el suceso , que lloró , no por la pérdida de sus hijos y de su muger , que allí no los tenia , sino por la de su casa , que halló robada y abrasada. Dexáron entrar el dia , y que los baxeles se alargasen , y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa : y entónces baxáron de la torre , y abrieron la Iglesia , donde entró Rafala , bañado con alegres lágrimas el rostro , y acrecentando con su sobresalto su hermosura. Hizo oracion á las imágenes , y luego se abrazó con su tio , besando primero las manos al cura. El escribano ni adoró , ni besó la manos á nadie , porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto , volviéron los espí-

ritus de los retraidos á su lugar, y el Xadraque cobrando aliento nuevo, volviendo á pensar en la profecía de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dixo: Ea, mancebo generoso, ea, rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes, y déxanos á España tersa, limpia y desembarazada de esta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba. Ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso de esta monarquía, ayuda y facilita con tus consejos á esta necesaria transmigracion: llénense estos mares de tus galeras cargadas del inútil peso de la generacion agarena: vayan arrojadas á las contrarias riberas las zarzas, las malezas, y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana; que si los pocos hebreos que pasáron á Egipto multiplicáron tanto, que en su salida se contáron mas de seiscientas mil familias, ¿que se podrá temer de estós, que son mas, y viven mas holgadamente? No les esquilman las religiones, no los eu-

tresacan las Indias , no los quintan las guerras : todos se casan , todos , ó los mas engendran ; de do se sigue y se infiere , que su multiplicacion y aumento ha de ser innumerable. Ea, pues, (vuelvo á decir) vayan, vayan señor, y dexa la taza de tu reyno resplandeciente como el sol , y hermosa como el cielo. Dos dias estuviéron en aquel lugar los peregrinos , volviendo á enterarse en lo que les faltaba , y Bartolomé se acomodó de bagage. Los peregrinos agradeciéron al cura su buen acogimiento , y alabáron los buenos pensamientos del Xadraque , y abrazando á Rafala , se despidiéron de todos , y siguiéron su camino.

CAPITULO XII.

En que se refiere un extraordinario suceso.

En el qual se fuéron entreteniendo en contar el pasado peligro , el buen ánimo del Xadraque , la valentía del cura,

el zelo de Rafala, de la qual se les olvidó de saber cómo se habia escapado del poder de los turcos que asaltaron la tierra; aunque bien consideraron que con el alboroto ella se habria escondido en parte que tuviese lugar despues de volver á cumplir su deseo, que era de vivir y morir cristiana. Cerca de Valencia llegaron; en la qual no quisieron entrar por excusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dixo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no solo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres, y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable. Determinaron de alargar sus jornadas aunque fuese á costa de su cansancio por llegar á Barcelona, adonde tenian noticia habian de tocar unas galeras en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia,

hasta Génova. Y al salir de Villareal, hermosa y aménisima villa, de través de entre una espesura de árboles les salió al encuentro una zagala ó pastora valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el sol, y hermosa como él, y como la luna: la qual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dixo: señores, pedirlos he, ó darlos he? A lo que respondió Periandro: hermosa zagala, si son zetos, ni los pidas ni los des, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu crédito: y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor te estimará y querrá bien; y si no le tiene, ¿para qué quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana, y diciendo á Dios, volvió las espaldas y se entró en la espesura de los árboles, dexando á todos los circunstantes admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura. Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia.

que merezcan escritura, sino fué el ver desde léjos las santísimas montañas de Monserrate, que adoráron con devocion cristiana, sin querer subir á ellas por no detenerse. Llegáron á Barcelona á tiempo quando llegaban á su playa quatro galeras españolas, que disparando y haciendo salva á la ciudad con gruesa artillería, arrojáron quatro esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de levante y cogines de carmesí; en el qual venia, como despues pareció, una hermosa muger de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, así á ver las galeras como á la gente que de ellas desembarcaba: y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano á la dama que de ellos desembarcaba; la qual poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, despues de haber desembarcado, dixo: llegaos acá, hermosa peregrina, que

os quiero llevar conmigo á la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan asimismo vuestros camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue á dexar tan buena compañía. La vuestra á lo que se ve, respondió Constanza, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento quien no la aceptase: vamos donde quisiéredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados á dexarme. Asíó la señora de la mano á Constanza, y acompañada de muchos caballeros que salieron de la ciudad á recibirla, y de otra gente principal de las galeras, se encamináron á la ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos de ella, sin poder reducir á la memoria haberla visto en tiempo alguno. Aposentáronla en una casa principal á ella y á las que con ella desembarcáron, y no fué posible que dexase ir á los peregrinos á otra parte, con los quales así como tuvo comodidad para ello pasó esta plática: sacaros quiero,

señores, de la admiracion en que sin duda os debe tener el ver que con particular cuidado procuró serviros: y así os digo que á mí me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fué en una ciudad de Aragon, y cuyo hermano es D. Bernardo Agustin, quatralvo de estas galeras que estan en la playa. Contarino de Arbolanchez, caballero del hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano, y á hurto del recato de mis parientes se enamoró de mí; y yo llevada de mi estrella, ó por mejor decir de mi fácil condicion, viendo que no perdía nada en ello, con título de esposa le hice señor de mi persona y de mis pensamientos; y el mismo dia que le dí la mano recibió él de la de su magestad una carta en que le mandaba viniese luego al punto á conducir un tercio que baxaba de Lombardía á Génova de infantería española á la isla de Malta, sobre la qual se pensaba baxaba el turco. Obedeció Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del matrimo-

nio con sobresalto : y sin tener cuenta con mis lágrimas , el recibir la carta y el partirse , todo fué uno : parecióme que el cielo se habia caído sobre mí , y que entre él y la tierra me habian apretado el corazon y cogido el alma . Pocos dias pasáron , quando añadiendo yo imaginaciones á imaginaciones y deseos á deseos , vine á poner en efecto uno cuyo cumplimiento así como me quitó la honra por entónces , pudiera tambien quitarme la vida . Ausentéme de mi casa sin sabiduría de ninguno de ella , y en hábitos de hombre , que fuéron los que tomé de un pagecillo , asenté por criado de un tambor de una compañía que estaba en un lugar pienso que ocho leguas del mio . En pocos dias toqué la caxa tan bien como mi amo , aprendí á ser chocarrero como lo son los que usan tal oficio : juntóse otra compañía con la nuestra , y ámbas á dos se encamináron á Cartagena á embarcarse en estas quatro galeras de mi hermano , en las quales fué mi designio pasar á Italia á buscar á mi esposo , de cuya no-

ble condicion esperé que no afearía mi atrevimiento, ni culparía mi deseo: el qual me tenia tan ciega, que no reparé en el peligro á que me ponía de ser conocida si me embarcaba en las galeras de mi hermano; mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos, y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucesos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mio, mas mal pensado que fundado, me puso en el término que ahora oireis. Los soldados de las compañías de aquellos capitanes que os he dicho traváron una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha sobre los alojamientos, de la qual salió herido de muerte un caballero que decian ser conde de no sé qué estado, vino un pesquisidor de la corte, prendió los capitanes, descarriáronse los soldados, y con todo eso prendió á algunos, y entre ellos á mí, des-

dichada, que ninguna culpa tenía. Condenolos á galeras por dos años al remo, y á mí tambien como por añadidura me tocó la misma suerte. En vano me lamenté de mi desventura, viendo que en vano se habian fabricado mis desig-
nios: quisiera darme la muerte, pero el temor de ir á otra peor vida me embotó el cuchillo en la mano, y me quitó la soga del cuello. Lo que hice fué enlodarme el rostro afeándole quanto pude, y encerréme en un carro, donde nos metieron con intencion de llorar tanto y de comer tan poco, que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la soga y el hierro no habian hecho. Llegamos á Cartagena, donde aún no habian llegado las galeras: pusieronnos en la casa del rey bien guardados, y allí estuvimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordareis de un carro que topasteis junto á una venta, en el qual esta hermosa peregrina (señalando á Consoza) socorrió con una caja de conserva á un desmayado delinquente. Si acuer-

do, respondió Constanza. Pues sabed que yo era, dixo la señora Ambrosia, el que socorrísteis: por entre las esteras del carro os miré á todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dexar de admirar si se mira. En efecto las galeras llegaron con la presa de un bergantin de moros que las dos habian tomado en el camino. El mismo dia aherrojáron en ellas á los soldados, desnudándolos del trage que traían y vistiéndolos el de remeros, transformacion triste y dolorosa, pero llevadera; que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace fácil. Llegáron á mí para desnudarme: hizo el cómitre que me lavasen el rostro, porque yo no tenia aliento para levantar los brazos, miróme el barbero que limpia la chusma, y dixo: pocas navajas gastaré yo con esta barba: no sé yo para qué nos envian acá estos muchachos de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melcocha y sus remeros de alcorza: ¿y qué culpas cometiste tú, rapaz, que mere-

ciesen esta pena? Sin duda alguna creo que el raudal y corrientes de otros ajenos delitos te han conducido á este término; y encaminando su plática al cómitre, le dixo: en verdad, patron, que me parece que sería bien dexar á que sirviese este muchacho en la popa á nuestro general con una manilla al pie, porque no vale para el remo dos arditos. Estas pláticas, y la consideracion de mi suceso, que parece que entónçes se extremó en apretarme el alma, me apretó el corazon de manera, que me desmayó, y quedé como muerta: dicen que volví en mí al cabo de quatro horas, en el qual tiempo se me hicieron muchos remedios para que volviese; y lo que mas sintiera yo si tuviera sentido, fué que debieron de enterarse que yo no era varon, sino hembra. Volví de mi parasismo, y lo primero con quien topó la vista fué con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenian. No sé yo como en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos:

no sé yo como la lengua no sé me pegó al paladar ; solo sé que no supe lo que me dixe , aunque sentí que mi hermano dixo : ¿que trage este , hermana mia? Y mi esposo dixo : ¿que mudanza es esta , mitad de mi alma , que si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra , yo hiciera luego que trocaras este trage con el de la mortaja? ¿Vuestra esposa es esta? dixo mi hermano á mi esposo. Tan nuevo me parece este suceso , como me parece el de verla á ella en este trage : verdad es que si esto es verdad , bastante recompensa sería la pena que me causa el ver así á mi hermana. A este punto , habiendo yo recobrado en parte mis perdidos espíritus , me acuerdo que dixe : hermano mio , yo soy Ambrosia Agustina tu hermana , y soy asimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez : el amor y tu ausencia (ó hermano) me le diéron por marido , el qual sin gozarme me dexó. Yo atrevida , arrojada , y mal considerada , en este trage que me veis le vine á buscar : y con esto les conté

toda la historia que de mí habeis oido; y mi suerte, que por puntos se iba á mas andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lástima. Contáronme como á mi esposo le habian cautivado moros con una de dos chalupas donde se habia embarcado para ir á Génova, y que el cobrar la libertad habia sido el dia ántes al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano sino al punto que me halló desmayada: suceso cuya novedad le podia quitar el crédito, pero todo

puerto de ella. La caxa de conserva os la pagaré con llevaros en la mia hasta donde mejor os esté, y quando yo no pasara á Italia, en fe de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos mios mi historia: si se os hiciere dura de creer no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar pero no morir del todo: y pues que comunmente se dice que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe de ser mucha, deposito mi crédito. Aquí dió fin la hermosa Agustina á su razonamiento, y aquí comenzó la admiracion de los oyentes á subirse de punto: aquí comenzaron á desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abrazos de Constanza y Auristela, que á la bella Ambrosia diéron: la qual por ser así voluntad de su marido hubo de volverse á su tierra, porque por hermosa que sea es embarazosa la compañía de la muger en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo que fué forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura.

Los cortesés catalanes , gente enojada terrible , y pacífica suave ; calidades que por defenderlas entrámbas se adelantan á sí mismos , que es como adelantarse á todas las naciones del mundo , visitáron y regaláron todo lo posible á la señora Ambrosia Agustina , á quien diéron las gracias despues que volviéron su hermano y su esposo. Auristela escarmen-tada con tantas experiencias como ha-bia hecho de las borrascas del mar , no quiso embarcarse en las galeras , sino irse por Francia , pues estaba pacífica. Ambrosia se volvió á Aragon : las gale-ras siguiéron su viage , y los peregrinos el suyo , entrándose por Perpiñan en Francia.

CAPITULO XIII.

Entran en Francia, y dase cuenta de lo que les pasó con un criado del duque de Nemurs.

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra esquadra, á quien dió que hablar el suceso de Ambrosia muchos dias, en la qual fuéron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros: y juntamente halló en el amor que á su esposo tenia perdon de su atrevimiento. En fin, ella se volvió, como queda dicho, á su patria: las galeras siguiéron su viage, y el suyo nuestros peregrinos; los quales llegando á Perpiñan, paráron en un meson, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa, y al rededor de ella mucha gente mirando jugar á dos hombres á los dados, sin que otro alguno jugase: parecióles á los peregrinos ser novedad que mirasen tantos y jugasen tan pocos. Preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido,

que de los que jugaban , el perdidoso perdía la libertad , y se hacía prenda del rey para bogar al remo seis meses , y el que ganaba , ganaba veinte ducados que los ministros del rey habían dado al perdidoso para que probase en el juego su ventura. Uno de los dos que jugaban la probó y no le supo bien , porque la perdió , y al momento le pusieron en una cadena , y al que la ganó le quitáron otra , que para seguridad de que no huiría si perdía le tenían puesta. ¡ Miserable juego y miserable suerte , donde no son iguales la pérdida y la ganancia ! Estando en esto viéron llegar al meson gran golpe de gente , entre la qual venia un hombre en cuerpo de gentil parecer , rodeado de cinco ó seis criaturas de edad de quatro á siete años. Venia junto á él una muger amargamente llorando con un lienzo de dineros en la mano , la qual con lastimada voz venia diciendo : tomad , señores , vuestros dineros , y volvedme á mi marido , pues no el vicio , sino la necesidad le hizo tomar este dinero ; él no se ha jugado , sino

vendido, porque quiere á costa de su trabajo sustentarme á mí y á sus hijos. ¡Amargo sustento, y amarga comida para mí y para ellos! Callad, señora, dijo el hombre, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán ántes á domeñar un remo que un hazadon. No quise ponerme en aventura de perderlos jugándolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dexaba oír el llanto de los muchachos esta dolorida plática que entre marido y muger pasaba. Los ministros que le traían les dixéron que enjugasen las lágrimas, que si lloraran quantas cabian en el mar, no serian bastantes á darle la libertad que habia perdido. Prevalcian en su llanto los muchachos, diciendo á su padre: señor, no nos dexé, porque nos morirémos todos si se va. El nuevo y extraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constanza, y todos se moviéron á rogar á los ministros de aquel cargo fuesen contentos

de tomar su dinero , haciendo cuenta que aquel hombre no habia sido en el mundo , y que les conmoviese á no dexar viuda á una muger , ni huérfanos á tantos niños. En fin , tanto supiéron decir , y tanto quisiéron rogar , que el dinero volvió á poder de sus dueños , y la muger cobró su marido , y los niños á su padre. La hermosa Constanza , rica despues de condesa , mas cristiana que bárbara , con parecer de su hermano Antonio , dió á los pobres perdidos cincuenta escudos de oro con que se cobráron , y así se volviéron tan contentos como libres , agradeciendo al cielo y á los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna. Otro dia pisáron la tierra de Francia , y pasando por Langüedoc , entráron en la Provenza , donde en otro meson halláron tres damas francesas de tan extremada hermosura , que á no ser Auristela en el mundo , pudieran aspirar á la palma de la belleza. Parecian señoras de grande estado segun el aparato con que se servian : las quales viendo los peregrinos , así les admiró la ga-

llardía de Priandro y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela y de Constanza. Llegáronlas á sí, y habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento: preguntáronlas quién eran en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas, y en Francia ni varon ni muger dexa de aprender la lengua castellana. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, á quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Perandro á hablar con un criado que le pareció ser de las ilustres francesas. Preguntóle quién eran, y adónde iban, y él le respondió diciendo: el duque de Nemurs, que es uno de los que llaman de la sangre en este reyno, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es recien heredado, y ha propuesto de no casarse por agena voluntad sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su rey: porque dice que los reyes bien pueden dar la muger á quien quisieren

de sus vasallos , pero no el gusto de recibirla. Con esta fantasía , locura ó discrecion , ó como mejor debe llamarse , ha enviado á algunos criados suyos á diversas partes de Francia á buscar alguna muger , que despues de ser principal , sea hermosa , para casarse con ella , sin que reparen en hacienda , porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura. Supo la de estas tres señoras , y envióme á mí que le sirvo para que las viese , y las hiciese retratar de un famoso pintor que envió conmigo : todas tres son libres , y todas de poca edad , como habeis visto: la mayor , que se llama Deleasir , es discreta en extremo , pero pobre : la mediana , que Belarminia se llama , es bizarra y de gran donayre , y rica medianamente ; la mas pequeña , cuyo nombre es Feliz Flora , hace gran ventaja á las dos en ser rica. Ellas tambien han sabido el deseo del duque , y querrian , segun á mí se me ha traslucido , ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo : y con ocasion de ir á Roma á

ganar el jubileo de este año , que es como el centésimo que se usaba , han salido de su tierra , y quieren pasar por París y verse con el duque , fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza ; pero despues , señores peregrinos , que aquí entrasteis he determinado de llevar un presente á mi amo que borre del pensamiento todas y qualesquier esperanzas que estas señoras en el suyo hubieren fabricado ; porque le pienso llevar el retrato de esta vuestra peregrina , única y general señora de la humana belleza , y si ella fuese tan principal como es hermosa , los criados de mi amo no tendrían mas que hacer , ni el duque mas que desear. Decidme por vida vuestra , señor , si es casada esta peregrina , cómo se llama , y qué padres la engendraron : á lo que temblando respondió Periandro : su nombre es Auristela : su viage á Roma , sus padres nunca ella los ha dicho , y de que sea libre os aseguro , porque lo sé sin duda alguna ; pero hay otra cosa en ello , que es tan libre , y tan seño-

ra de su voluntad, que no la rendirá á ningun príncipe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del cielo. Y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos; así que no os servirá de nada el retratarla sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si acaso quisiere atropellar por el inconveniente de la baxeza de mis padres. Con todo eso, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad, y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura. Con esto se despidiéron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, para no dársele al pintor para retratar á Auristela. Bartolomé volvió luego á aderezar el bagage, y á no estar bien con Periandro por la priesa que daba á la partida. El criado del duque viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó á él y le dixo: bien quisiera, señor, rogaros que os detuviérades un poco en este lugar, siquie-

ra hasta la noche , porque mi pintor con comodidad y despacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir á la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho , que de sola una vez que la ha visto la tiene tan aprendida en la imaginacion , que la pintará á sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando. Maldixo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor ; pero no dexó por esto de partirse , despidiéndose luego de las tres gallardas francesas , que abrazáron á Auristela y á Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañía si de ello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas cortes palabras que supo , diciéndoles que su voluntad obedecia á la de su hermano Periandro , y que así no podian detenerse ella ni Constanza , pues Antonio , hermano de Constanza , y el suyo se iban : y con esto se partiéron , y de allí á seis dias llegóron á un lugar de la Provenza , donde les sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIV.

*De los nuevos y nunca vistos peligros
en que se viéron.*

La historia, la poesía y la pintura se simbolizan entre sí, y se parecen tanto, que quando escribes historia, pintas, y quando pintas, compones. No siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos: baxezas admite la historia, la pintura yerbas y retamas en sus quadros, la poesía tal vez se realza cantando cosas humildes. Esta verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagagero del esquadron peregrino: el qual tal vez habla, y es escuchado en nuestra historia. Este revolviendo en su imaginacion el cuento del que vendió su libertad por sustentar á sus hijos, una vez dixo, hablando con Periandro: grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga á los padres á sustentar á sus hijos; si no dígalo aquel hom-

bre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar á su pobre familia. La libertad, segun yo he oido decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y este la vendió por tan poco, que lo llevaba la muger en la mano. Acuérdome tambien de haber oido decir á mis mayores, que llevando á ahorcar á un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes á bien morir, les dixo: vuestras mercedes se sosieguen, y déxenme morir despacio, que aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntáronle ¿y quales eran? Respondióles que el amanecer Dios, y el rodearle seis hijos pequeños pidiéndole pan, y no teniéndolo para dárselo: la qual necesidad me puso la ganzúa en la mano y fieltros en los pies con que facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados. Estas razones llegaron á los oidos del señor que le habia sentenciado al suplicio, que fuéron parte para volver la justicia en misericordia, y la culpa en gracia. A lo que respondió Pe-

riandro: el hacer el padre por su hijo es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el qual se dilata y se continúa el ser del padre; y así como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos, lo que no es tan natural ni tan forzoso hacer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene á su hijo descende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba: de donde ha nacido aquel refran: un padre para cien hijos, ántes que cien hijos para un padre. Con estas pláticas y otras entretenian el camino por Francia; la qual es tan poblada, tan llana y apacible, que á cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores de ellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas ni en las ciudades. A una de estas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real. Era la hora de medio dia: herian los rayos del sol derechamente á

la tierra , entraba el calor , y la sombra de una gran torre de la casa les convidó que allí esperasen á pasar la siesta , que con calor riguroso amenazaba. El solícito Bartolomé desembarazó el bagage , y tendiendo un tapete en el suelo , se sentáron todos á la redonda , y de los manjares , de quien tenia cuidado de hacer Bartolomé su repuesto , satisfaciéron la hambre , que ya comenzaba á fatigarles ; pero apénas habian alzado las manos para llevarlo á la boca , quando alzando Bartolomé los ojos , dixo á grandes voces : apartaos , señores , que no sé quien baxa volando del cielo , y no será bien que nos coja debaxo. Alzáron todos la vista , y viéron baxar por el ayre una figura , que ántes que distinguiesen lo que era ya estaba en el suelo junta casi á los pies de Periandro : la qual figura era de una muger hermosísima , que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre , sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos , la puso de pies y en el suelo sin daño alguno : cosa posible sin ser milagro. Dexóla el suceso

atónita y espantada , como lo quedáron los que volar la habian visto. Oyéron en la torre gritos , que los daba otra muger , que abrazada con un hombre , parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro : socorro , socorro , decia la muger , socorro , señores , que este loco quiere despeñarme de aquí ábaxo. La muger voladora , vuelta algun tanto en sí , dixo : si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta , señalándoles una que al pie de la torre estaba , libraré de peligro mortal á mis hijos , y á otras gentes flacas que allí arriba están. Periandro impelido de la generosidad de su ánimo se entró por la puerta , y á poco rato le viéron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco , del qual quitándole un cuchillo de las manos , procuraba defenderse ; pero la suerte , que queria concluir con la tragedia de su vida , ordenó que entrámbos á dos viniesen al suelo cayendo al pie de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traía , y Pe-



*Sigismunda dando lugar á la pa-
sion dió lastimeras voces.*

riandro vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen en el ayre, hizo el golpe su efecto, y dexóle casi sin vida. Auristela, que así le vió, creyendo indubitablemente que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en sí alguna reliquia, si del alma le hubiese quedado; pero aunque le hubiera quedado, no pudiera recibirla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza dando lugar á la pasion, no le pudo dar á mover el paso para ir á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe pegada los pies al suelo, como si fueran raices, ó como si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio su hermano acudió á apartar los semivivos, y á dividir los que ya pensaba ser cadáveres: solo Bartolomé fué el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentia llorando amargamente. Estando todos en la amarga afliccion que he dicho,

sin que hasta entónces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, viéron que hácia ellos venia un gran tropel de gente, la qual desde el camino real habia visto el vuelo de los caidos, y venian á ver el suceso, y era el tropel que venia las hermosas damas francesas Deleasir, Belarminia, y Feliz Flora. Luego como llegóron conociéron á Auristela y á Periandro, como aquellos que por su singular belleza quedaban impresos en la imaginacion del que una vez los miraba. Apénas la compasion les habia hecho apeaar para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, quando fuéron asaltados de seis ú ocho hombres armados que por las espaldas les acometiéron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenia á punto, ó ya para ofender, ó ya para defenderse. Uno de los armados con descortes movimiento asió á Feliz Flora del brazo y la puso en el arzon delantero de su silla, y dixo, volviéndose á los demas compañeros: esto es hecho, esta me basta; de-

mos la vuelta. Antonio, que nunca se pagó de descortesías, pòspuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió quanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda hasta que llegó al diestro oído, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntáron, y tomando por blanco al robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora sino en una parte del velo con que se cubria la cabeza, pasó al saltador el pecho de parte á parte. Acudió á su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar á que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal que dió con él en el suelo mas muerto que vivo: visto lo qual de Constanza, dexó de ser estatua y corrió á socorrer á su hermano, que el parentesco calienta la sangre, que suele helarse en la mayor amistad: y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor. Ya en esto habian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercebidos de piedras,

digo los que no tenían armas, se pusieron en defensa de su señora. Los salteadores, que vieron muerto á su capitán, y que segun los defensores acudian podían ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podía premiarlas, volviéron las espaldas, y dexáron el campo solo. Hasta aquí de esta batalla pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos bélicos han sonado: el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos no ha salido á romper los ayres, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas: solo algunos ayes entre rancos gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada qual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas con que se alivian los lastimados corazones; pero en fin, el cielo que tenia determinado de no dexarlas morir tan apriesa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas, que al paladar pegadas tenían, y la de Auris-

tela prorumpió en razones semejantes.

No sé yo , desdichada , cómo busco aliento en un muerto , ó cómo , ya que le tuviese , puedo sentirle , si estoy tan sin él , que ni sé si hablo ni si respiro. ¡Ay , hermano , y que caída ha sido esta que así ha derribado mis esperanzas! Como que la grandeza de vuestro linage no se hubiera opuesto á vuestra desventura : ¿mas cómo podria ella ser grande si vos no lo fuéades ? En los montes mas levantados caen los rayos , y adonde hallan mas resistencia hacen mas daño. Monte érades vos , pero monte humilde , que con las sombras de vuestra industria , y de vuestra discrecion os encubríades á los ojos de las gentes. Ventura íbades á buscar en la mia ; pero la muerte ha atajado el paso , encaminando el mio á la sepultura : ¡Quan cierta la tendrá la reyna vuestra madre , quando á sus oidos llegue vuestra no esperada muerte ! ¡Ay de mí ! otra vez sola y en tierra agena , bien así como verde hiedra á quien ha faltado su verdadero arri-
mo ! Estas palabras de reyna , de mon-

tes y grandezas, tenían atentos los oídos de los circunstantes que las escuchaban; y aumentóles la admiracion las que tambien decia Constanza, que en sus faldas tenia á su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre la compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se le exprimia, obligada de haberla el herido librado de su deshonra. ¡Ay! digo, decia, amparo mio, ¿de que ha servido haberme levantado la fortuna al título de señora, si me habia de derribar al de desdichada? Volved, hermano en vos, si quereis que yo vuelva en mí (ó si no haced, ó piadosos cielos) que una misma muerte nos cierre los ojos, y una misma sepultura nos cubra los cuerpos; que el bien que sin pensar me habia venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni mas ni ménos, de modo que tan muertas parecian ellas y aun mas que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caída de Periandro, man-

dó á sus criados , que ya habian venido muchos de la casa , que le llevasen al lecho del conde Domicio su señor : mandó tambien llevar á Domicio su marido para dar órden en sepultarle. Bartolomé tomó en brazos á su señor Antonio , á Constanza se los dió feliz Flora , y á Auristela Belarminia y Deleasir : y en esquadron doloroso y con amargos pasos se encamináron á la casi real casa.

CAPÍTULO XV.

Sanan de sus heridas Périandro y Antonio : prosiguen todos su viage en compañía de las tres damas francesas. Libra Antonio de un peligro á Feliz Flora.

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas francesas daban á las dos lastimadas Constanza y Auristela , porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones. El dolor y el desastre que de repente sucede , no de improviso ad-

mite consolacion alguna por discreta que sea : la apostema duele miéntras no se ablanda , y el ablandarse requiere tiempo , hasta que llegue el de abrirse ; y así miéntras se llora , miéntras se gime , miéntras se tiene delante quien mueva al sentimiento , á quejas y á suspiros , no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore , pues , algun tanto mas Auristela , gima algun espacio mas Constanza , y cierren entrámbas los oidos á toda consolacion , en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo , que fué , segun ella dixo á las damas francesas , que ántes que Domicio con ella se desposase , andaba enamorado de una parienta suya , la qual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él. Salióle en blanco la suerte , para que ella , dixo Claricia , la tuviese siempre negra : porque disimulando Lorena , que así se llamaba la parienta de Domicio , el enojo que habia recibido del casamiento de mi esposo , dió en regalarle con muchos y diversos presentes , pues-

to que mas bizarros y de buen parecer que costosos , entre los quales le envió una vez , bien así como envió la falsa Deyanira la camisa á Hércules : digo que le envió unas camisas , ricas por el lienzo y por la labor vistosas : apénas se puso una , quando perdió los sentidos y estuvo dos dias como muerto , puesto que luego se la quitáron , imaginando que una esclava de Lorena , que estaba en opinion de maga la habria hechizado. Volvió á la vida mi esposo ; pero con sentidos tan turbados y tan trocados , que ninguna accion hacia que no fuese de loco , y no de loco manso , sino de cruel , furioso y desatinado , tanto que era necesario tenerle en cadenas : y que aquel dia estando ella en aquella torre , se habia soltado el loco de las prisiones y viniendo á la torre , la habia echado por las ventanas abaxo , á quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos , ó por mejor decir , con la acostumbrada misericordia de Dios , que mira por los inocentes. Dixo como aquel peregrino habia subido á la torre á librar á una

doncella , á quien el loco queria derri-
bar al suelo ; tras la qual tambien des-
peñara á otros dos pequeños hijos que
en la torre estaban ; pero el suceso fué
tan contrario , que el conde y el pere-
grino se estrelláron en la dura tierra , el
conde herido de una mortal herida y el
peregrino con un cuchillo en la mano ,
que al parecer se le habia quitado á Do-
micio , cuya herida era tal , que no fue-
ra menester servir de añadidura para
quitarle la vida , pues bastaba la caída.
En esto Periandro estaba sin sentido en
el lecho , adonde acudiéron maestros á
curarle y á concertarle los deslocados
huesos : diéronle bebidas apropiadas al
caso : halláronle pulsos, y algun tanto de
conocimiento de las personas que al re-
dedor de sí tenia, especialmente de Au-
ristela , á quien con voz desmayada , que
apénas podia entenderse, dixo : hermana,
yo muero en la fe católica cristiana , y
en la de quererte bien : y no habló , ni
pudo hablar mas palabra por entónces.
Tomáron la sangre á Antonio , y ten-
tándole los cirujanos la herida , pidiéron

albricias á su hermana , de que era mas grande que mortal , y de que presto tendria salud con ayuda del cielo : dióselas Feliz Flora , adelantándose á Constanza , que se las iba á dar , y aun se las dió , y los cirujanos las tomaron de entrambas por no ser nada escrupulosos. Un mes , ó poco mas estuviéron los enfermos curándose , sin querer dexarlos las señoras francesas : tanta fué la amistad que traváron , y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela y de Constanza , y de los dos sus hermanos , especialmente Feliz Flora , que no acertaba á quitarse de la cabeza de Antonio , amándole con un tan comedido amor , que no se extendia á mas que á ser benevolencia y á ser como agradecimiento del bien que de él habia recibido quando su saeta la libró de las manos de Rubertino , que segun Feliz Flora contaba , era un caballero señor de un castillo , que cerca de otro suyo tenia : el qual Rubertino , llevado , no de perfecto , sino de vicioso amor , habia dado en seguirla y perseguirla , y en ro-



garla le diese la mano de esposa ; pero que ella por mil experiencias , y por la fama que pocas veces miente , habia conocido ser Rubertino de áspera y cruel condicion , y de mudable y antojadiza voluntad , no habia querido condescender con su demanda , y que imaginaba que acosado de sus desdenes , habria salido al camino á robarla , y á hacer de ella por fuerza lo que la voluntad no habia podido ; pero que la flecha de Antonio habia cortado todos sus crueles y mal fabricados designios , y esto le movia á mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dixo , pasó así sin faltar punto , y quando se llegó el de la sanidad de los enfermos , y sus fuerzas comenzáron á dar muestras de ella , volviéron á renovarse sus deseos , á lo ménos los de volver á su camino : y así lo pusiéron por obra , acomodándose de todas las cosas necesarias , sin que , como está dicho , quisiesen las señoras francesas dexar á los peregrinos , á quien ya trataban con admiracion y con respecto , porque las razones del llanto de Auris-

tela les habia hecho concebir en sus ánimos que debian de ser grandes señores : que tal vez la magestad suele cubrirse de burriel , y la grandeza vestirse de humildad. En efecto con perplejos pensamientos los miraban : el pobre acompañamiento suyo los hacia tener en estima de condicion mediana ; el brio de sus personas y la belleza de sus rostros levantaba su calidad al cielo , y así entre el sí y el no andaba dudosa. Ordenaron las damas francesas que fuesen todos á caballo , porque la caida de Periandro no consentia que se fiase de sus pies. Feliz Flora, agradecida al golpe de Antonio el bárbaro , no sabia quitarle de su lado , y tratando del atrevimiento de Rubertino , á quien dexaba muerto y enterrado , y de la extraña historia del conde Domicio , á quien las joyas de su prima , juntamente con quitarle el juicio , le habian quitado la vida , y del vuelo milagroso de su muger , mas para ser admirado que creido , llegaron á un rio , que se vadeaba con algun trabajo. Periandro fué de parecer

que se buscasse la puente ; pero todos los demas no viniéron en él : y bien así como quando al represado rebaño de man-
sas ovejas , puestas en lugar estrecho ,
hace camino la una á quien las demas al
momento siguen , Belarminia se arrojó
al agua , á quien todos siguiéron sin qui-
tarse del lado de Auristela Periandro ,
ni del de Feliz Flora Antonio , llevan-
do tambien junto á sí á su hermana Cons-
tanza. Ordenó , pues , la suerte que no
fuese buena la de Feliz Flora , porque la
corriente del agua le desvaneció la ca-
beza , de modo que sin poder tenerse
dió consigo en mitad de la corriente ,
tras quien se abalanzó con no creida
presteza el cortés Antonio , y sobre sus
hombros como á otra nueva Europa , la
puso en la seca arena de la contraria ri-
bera. Ella viendo el presto beneficio , le
dixo : muy cortés eres , español , á quien
Antonio respondió : si mis cortesías no
naciéran de tus peligros , estimáralas en
algo ; pero como nacen de ellos , ántes
me descontentan que alegran. Pasó en
fin el (como he dicho otras veces) her-

moso esquadron y llegaron al anocheecer á una casería , que junto con serlo era meson , en el qual se alojáron á toda su voluntad : y lo que en él les sucedió, nuevo estilo y nuevo capítulo pide.

CAPÍTULO XVI.

De como encontráron con Luisa la muger del Polaco : y lo que les contó un escudero de la condesa Ruperta.

Cosas y casos suceden en el mundo, que si la imaginacion ántes de suceder pudiera hacer que así sucedieran , no acertara á trazarlos : y así muchos por la raridad con que acontecen pasan plaza de apócrifos , y no son tenidos por tan verdaderos como lo son , y así es menester que les ayuden juramentos , ó á lo ménos el buen crédito de quien los cuenta ; aunque yo digo que mejor sería no contarlos , segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos, que dicen :

Las cosas de admiracion
 No las digas , ni las cuentes,
 Que no saben todas gentes
 Como son.

La primera persona con quien encontró Constanza fué con una moza de gentil parecer , de hasta veinte y dos años , vestida á la española , limpia y aseadamente , la qual llegándose á Constanza le dixo en lengua castellana : bendito sea Dios , que veo gente , si no de mi tierra , á lo ménos de mi nacion española ! ¡Bendito sea Dios , digo otra vez , que oiré decir vuesa merced y no señoría hasta los mozos de cocina! De esa manera , respondió Constanza : vos , señora , ¿española debeis de ser? Y como si lo soy , respondió ella , y aun de la mejor tierra de Castilla. ¿De qual? replicó Constanza. De Talavera de la reyna , respondió ella. Apenas hubo dicho esto , quando á Constanza le viniéron barruntos que debia de ser la esposa de Ortel Banedre el Polaco , que

por adúltera quedaba presa en Madrid, cuyo marido persuadido de Periandro la habia dexado presa, é ídose á su tierra: y en un instante fabricó en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucedieron casi como las habia pensado. Tomóla por la mañanera fuese donde estaba Auristela, y apártandola aparte con Periandro, les dijo señores, vosotros estais dudosos de que si la ciencia que yo tengo de adivinar es falsa ó verdadera, la qual ciencia no se acredita con decir las cosas que están por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso, ó por algunas premisas á quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas: si yo os dixese cosas pasadas que no hubiesen llegado, ni pudiesen llegar á mi noticia ¿qué diríades? ¿Queréislo ver? Esta buena hija que tenemos delante, es de Talavera de la Reyna, que se casó con un extrangero Polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, á quien ella ofendió con alguna desenvoltura con un mozo de meson

que vivia frontero de su casa, la qual llevada de sus ligeros pensamientos, y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el tal mozo y fué presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos años, así en la prision, como en el destierro, por haber llegado hasta aquí, que quiero que ella nos los cuente; porque aunque yo los adivine, ella nos los contará con mas puntualidad y con mas gracia. ¡Ay cielos santos! dixo la moza, y ¿quién es esta señora que me ha leído mis pensamientos? ¿Quien es esta adivina, que así sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora, soy esa adúltera, yo esa presa y condenada á destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese: y soy la que aquí estoy en poder de un soldado español que va á Italia, comiendo el pan con dolor, y pasando la vida que por momentos me hace desear la muerte. Mi amigo el primero murió en la cárcel: este que no sé en qué número ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y

como he dicho , me lleva por esos mundos con gusto suyo y con pesar mio ; que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traygo el alma en este vagabundo estado. Por quien Dios es , señores , pues sois españoles , pues sois cristianos , y pues sois principales , segun lo da á entender vuestra presencia , que me saqueis del poder de este español , que será como sacarme de las garras de los leones. Admirados quedáron Periandro y Auristela de la discrecion sagaz de Constanza ; y concediendo con ella , la reforzáron y acreditáron , y aun se moviéron á favorecer con todas sus fuerzas á la pérdida moza , la qual dixo que el español soldado no iba siempre con ella , sino una jornada adelante , ó atras , por deslumbrar á la justicia. Todo eso está muy bien , dixo Periandro , y aquí daremos traza en en vuestro remedio ; que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada , tambien sabrá acomodaros en la venidera. Sed vos buena , que sin el cimiento de la bondad no se puede cargar ninguna

cosa que lo parezca : no os desvieis por ahora de nosotros , que vuestra edad , y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras extrañas. Lloró la moza , enternecióse Constanza , y Auristela mostró los mismos sentimientos , con que obligó á Perianandro á que el remedio de la moza buscasse. En esto estaban quando llegó Bartolomé , y dixo : señores , acudid á ver la mas extraña vision que habreis visto en vuestra vida : dixo esto tan asustado , y tan como espantado , que pensando ir á ver alguna maravilla extraña , le siguiéron ; y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los peregrinos y damas, viéron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto , cuya lóbrega escuridad no les dexó ver particularmente lo que en él habia : y estándole así mirando , llegó un hombre anciano , todo cubierto asímismo de luto, el qual les dixo : señores , de aquí á dos horas , que habrá entrado una de la noche , si gustais de ver á la señora Ru-

perta , sin que ella os vea , yo haré que la veais : cuya vista os dará ocasion de que os admireis , así de su condicion, como de su hermosura. Señor , respondió Periandro , este nuestro criado que aquí está , nos convidó á que viniésemos á ver una maravilla , y hasta ahora no hemos visto otra , que la de este aposento cubierto de luto , que no es maravilla ninguna. Si volveis á la hora que digo , respondió el enlutado , tendreis de qué maravillaros ; porque habreis de saber , que en este aposento se aloja la señora Ruperta , muger que fué apenas hace un año del conde Lambert de Escocia ; cuyo matrimonio á él le costó la vida , y á ella verse en términos de perderla á cada paso , á causa que Claudino Rubicon , caballero de los principales de Escocia , á quien las riquezas , y el linage hicieron soberbio , y la condicion algo enamorada , quiso bien á mi señora siendo doncella : de la qual si no fué aborrecido , á lo ménos fué desdeñado , como lo mostró el casarse con el conde mi señor. Es-

ta presta resolucion de mi señora la bautizó Rubicon en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no hubiera tenido padres que se lo mandáron , y obligaciones precisas que la obligaran á ello , junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan ; que si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja á los de la muger , ó con algunos mas, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo. Era Rubicon varon viudo, y que tenia un hijo de casi veinte y un años, , gentil hombre en extremo, y de mejores condiciones que el padre , tanto , que si él se hubiera opuesto á la cátedra de mi señora , hoy viviera mi señor el conde , y mi señora estuviera mas alegre. Sucedió , pues , que yendo mi señora Ruperta á holgarse con su esposo á una villa suya , acaso , y sin pensar , en un despoblado encontramos á Rubicon con muchos criados suyos que le acompañaban. Vió á mi señora , y su vista despertó el agravio

que á su parecer se le habia hecho, y fué de suerte, que en lugar del amor nació la ira, y de la ira el deseo de hacer pesar á mi señora: y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan á las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente y atrevido, desenvaynando la espada, corrió al conde mi Señor, que estaba inocente de este caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temia, y envaynándosela en el pecho, dixo: Tú me pagarás lo que no me debes, y si esta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallé yo presente, oí las palabras, y ví con mis ojos, y tenté con las manos la herida: escuché los llantos de mi señora, que penetráron los cielos. Volvimos á dar sepultura al conde, y al enterrarle, por orden de mi señora se le cortó la cabeza, que en pocos dias con cosas que se aplicáron quedó descarnada, y en solamente los huesos: mandóla mi se-

ñora poner en una caja de plata, sobre la qual, puestas sus manos, hizo este juramento; pero olvídaseme por decir, como el cruel Rubicon, ó ya por menosprecio, ó ya por mas crueldad, ó quizá con la turbacion descuidado, se dexó la espada envaynada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta ahora muestra estar casi reciente en ella. Digo, pues, que dixo estas palabras: yo la desdichada Ruperta, á quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobse estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos á quien pueda favorecerme; y en tanto que no llegare á efecto este mi justo, si no cristiano deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes, y mi compañía la misma soledad. A la mesa estarán presentes estas reli-

quias, que me atormenten el alma: esta cabeza, que me diga sin lengua que venga su agravio: esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo, y la que alterando la mia no me dexé sosegarse hasta vengarme. Esto dicho, parece que templó sus continuas lágrimas, y dió algun vado á sus dolientes suspiros. Hase puesto en camino de Roma para pedir en Italia á sus príncipes favor y ayuda contra el matador de su esposo, que aún todavía la amenaza, quizá temeroso, que suele ofender un mosquito mas de lo que puede favorecer un águila. Esto, señores, vereis, como he dicho, de aquí á dos horas: y si no os dexare admirados, ó yo no habré sabido contarle, ó vosotros tendreis el corazon de mármol. Aquí dió fin á su plática el enlutado escudero y los peregrinos, sin ver á Ruperta, desde luego se comenzaron á admirar del caso.

CAPITULO XVII.

Del dichoso fin que tuvo el rencor de la condesa Ruperta.

La ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre, que está cerca del corazon, la qual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria. Tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado, sin razon, ó con ella, sosiega. Esto nos lo dará á entender la hermosa Ruperta, agraviada y airada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia que era ya muerto, dilataba su cólera por todos sus descendientes, sin querer dexar, si pudiera, vivo ninguno de ellos: que la cólera de la muger no tiene límite. Llegóse la hora de que la fuéron á ver los peregrinos sin que ella los viese, y viéronla hermosa en todo extremo, con blanquísimas tocas, que desde la cabeza casi le llegaban á los

pies, sentada delante de una mesa, sobre la qual tenia la cabeza de su esposo en la caxa de plata, la espada con que le habian quitado la vida, y una camisa, que ella se imaginaba que aún no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertáron su ira, la qual no tenia necesidad que nadie la despertase, porque nunca dormia. Levantóse en pie, y puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzó á hacer y á revalidar el voto y juramento que dixo el enlutado escudero: llovian lágrimas de sus ojos bastantes á bañar las reliquias de su pasion: arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el ayre cerca y léjos: añadia al ordinario juramento razones que le agrababan, y tal vez parecia que arrojaba por los ojos, no lágrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenia su pasion, y el deseo de vengarse. ¿Véisla llorar, véisla suspirar, véisla no estar en sí, véisla blandir la espada matadora, véisla besar la camisa ensan-

grentada, y que rompe las palabras con con sollozos? pues esperad no mas de hasta la mañana, y vereis cosas que os den sugeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviédes de vida. En mitad de la fuga de su dolor estaba Ruper-
ta, y casi en los umbrales de su gusto, porque miéntras se amenaza, descansa el amenazador, quando se llegó á ella uno de sus criados, como si se llegara una sombra negra, segun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras le dixo: señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apea-
r ahora con algunos criados: mira si quieres escubrirte, ó si quieres que te conozca, ó lo que sería bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruper-
ta, y avisad á todos mis criados, que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran: y esto diciendo, recogió sus prendas, y mandó cerrar el aposento, y que ninguno entrase á hablarla. Volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y

no sé cómo se supo que habia hablado á solas estas ú semejantes razones. Advierte, ó Ruperta, que los piadosos cielos te han traído á las manos, como simple víctima al sacrificio, al alma de tu enemigo, que los hijos, y mas los únicos, pedazos del alma son de los padres. Ea, Ruperta, olvídate de que eres muger; y si no quieres olvidarte de esto, mira que eres muger, y agraviada: la sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: venganza, dulce esposa mia, que me matáron sin culpa, sí, que no espantó la braveza de Holofernes á la humildad de Judith. Verdad es, que la causa suya fué muy diferente de la mia: ella castigó á un enemigo de Dios, y yo quiero castigar á un enemigo, que no sé si lo es mio: á ella le puso el hierro en las manos el amor de su patria, y á mí me le pone el de mi esposo. ¿Pero para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿qué tengo que hacer mas, sino cerrar los ojos, y envaynar el acero en el pecho

de este mozo , que tanto será mi venganza mayor , quanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora , y venga lo que viniere : los deseos que se quieren cumplir , no reparan en inconvenientes , aunque sean mortales ; cumpla yo el mio , y tenga la salida por mi misma muerte. Esto dicho , dió traza y órden en como aquella noche se encerrase en la estancia de Croriano , donde le dió fácil entrada , un criado suyo , traydor por dádivas , aunque él no pensó sino que hacia un gran servicio á su amo , llevándole al lecho una tan hermosa muger como Ruper-
ta ; la qual puesta en parte donde no pudo ser vista , ni sentida , ofreciendo su suerte al disponer del cielo , sepultada en maravilloso silencio , estuvo esperando la hora de su contento , que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano. Llevó para ser instrumento del cruel sacrificio un agudo cuchillo , que por ser arma mañera , y no embarazosa , le pareció ser mas á propósito : llevó asimismo una lanterna bien cerrada,

en la qual ardia una vela de cera : recogió los espíritus de manera, que apenas osaba enviar la respiracion al ayre. ¿Qué no hace una muger enojada? ¿qué montes de dificultades no atropella en sus designios? ¿qué enormes crueldades no le parecen blandas y pacíficas? No mas, porque lo que en este caso se podia decir, es tanto, que será mejor dexarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo. Llegóse en fin la hora, acostóse Croriano, durmióse con el cansancio del camino, y entregóse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo. Con atentos oidos estaba escuchando Ruperta si daba alguna señal Croriano de que durmiese, y aseguráronla que dormia, así el tiempo que habia pasado desde que se acostó hasta entónces, como algunos dilatados alientos, que no los dan sino los dormidos; viendo lo qual, sin santi- guarse, ni invocar ninguna deidad que la ayudase, abrió la lanterna, con que quedó claro el aposento, y miró donde pondria los pies, para que sin tropezar

la llevasen al lecho. Ea , bella matadora , dulce enojada , verdugo agradable , executa tu ira , satisface tu enojo , borra y quita del mundo tu agravio , que delante tienes en quien puedes hacerlo ; pero mira , ó hermosa Ruperta , si quieres , que no mires á este hermoso cupido que vas á descubrir , que se desharrá en un punto toda la máquina de tus pensamientos. Llegó en fin , y temblándole la mano , descubrió el rostro de Croriano , que profundamente dormia , y halló en él la propiedad del escudo de Medusa , que la convirtió en mármol. Halló tanta hermosura , que fué bastante á hacerla caer el cuchillo de la mano , y á que diese lugar la consideracion del enorme caso que cometer queria. Vió que la belleza de Croriano , como hace el sol á la niebla , ahuyentaba las sombras de la muerte que darle queria : y en un instante no le escogió para víctima del cruel sacrificio , sino para holocausto santo de su gusto. Ay , dixo entre sí , generoso mancebo , y quán mejor eres tú para ser

mi esposo , que para ser objeto de mi venganza ! ¿ qué culpa tienes tú de la que cometió tu padre ? ¿ y qué pena se ha de dar á quien no tiene culpa ? Gózate, gózate , jóven ilustre, y quédese en mi pecho mi venganza , y mi crueldad encerrada; que quando se sepa, mejor nombre me dará el ser piadosa que vengativa, Esto diciendo , ya turbada y arrepentida , se le cayó la lanterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que despertó con el ardor de la vela. Hallóse á oscuras , quiso Ruperta salirse de la estancia , y no acertó por donde : dió voces Croriano , tomó su espada , y saltó del lecho , y andando por el aposento , topó con Ruperta, que toda temblando le dixo: No me mates, ó Croriano , puesto que soy una muger , que no ha una hora que quise y pude matarte , y ahora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida. En esto entraron sus criados al rumor con luces , y vió Croriano , y conoció á la bellísima viuda , como quien vé á la resplandeciente luna de nubes

blancas rodeada. ¿Qué es esto, señora Ruperta? le dixo: son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traído, ó quereis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? que este cuchillo que aquí veo, qué otra señal es, sino de que habeis venido á ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfaccion de los agravios que dexan hechos: los vivos sí que pueden recompensarlos; y así yo, que represento ahora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo, lo mejor que pudiere y supiere; pero dexadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido, ó á matarme, ó á engañarme, ó á mejorar mi suerte. Empeórese la mia, respondió Ruperta, si es que halla modo el cielo como empeorarla, si entré este dia pasado en este meson con alguna memoria tuya. Veniste tú á él, no te ví quando entraste, oí tu nombre, el qual despertó mi cólera, y me movió á la venganza: con-

certé con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento : hícele que callase , sellándole la boca con algunas dádivas : entré en él , apercebíme de este cuchillo , y acrecenté el deseo de quitarte la vida : sentí que dormias , salí de donde estaba , y á la luz de una lanterna que conmigo traía te descubrí , y ví tu rostro , que me movió á respeto y á reverencia , de manera , que los filos del cuchillo se embotáron , el deseo de mi venganza se deshizo. Cayóseme la vela de las manos , despertóte su fuego , diste voces , quedé yo confusa , de donde ha sucedido lo que has visto. Yo no quiero mas venganza , ni mas memorias de agravios : vive en paz , que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas , si ya no lo son el perdonarte la culpa que no tienes. Señora , respondió Croriano , mi padre quiso casarse contigo , tú no quisiste , él despechado mató á tu esposo : murióse , llevando al otro mundo esta ofensa : yo he quedado como parte tan suya para hacer bien

por su alma: si quieres que te entregue la mia, recíbeme por tu esposo; si ya como he dicho, no eres fantasma que me engañas, que las grandes venturas que vienen de improviso, siempre traen consigo alguna sospecha. Dame esos brazos, respondió Ruperta, y verás, señor, como este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entrego es sencilla, pura y verdadera. Testigos fuéron de estos abrazos, y de las manos que por esposos se diéron los criados de Croriano, que habian entrado con las luces. Triunfó aquella noche la blanda paz de esta dura guerra: volviósse el campo de la batalla en tálamo de desposorio: nació la paz de la ira, de la muerte la vida, y del disgusto el contento. Amaneció el dia, y halló á los recién desposados cada uno en los brazos del otro: levantáronse los peregrinos con deseo de saber qué habria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio, y

haciendo de los cortesanos , entráron á dar los parabienes á los novios , y al entrar en el aposento viéron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les habia contado , cargado con la caxa donde iba la calavera de su primer esposo , y con la camisa y espada que tantas veces habia renovado las lágrimas de Ruperta , y dixo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras : murmuró de la facilidad de Ruperta , y en general de todas las mugeres ; y el menor vituperio que de ellas dixo , fué llamarlas antojadizas. Levantáronse los novios ántes que entrasen los perégrinos : regocijáronse los criados, así de Ruperta , como de Croriano , y volvióse aquel meson en alcázar real, digno de tan altos desposorios. En fin Periandro y Auristela, Constanza y Antonio su hermano habláron á los desposados , y se diéron parte de sus vidas, á lo ménos la que convenia que se diese.